

La Kobishi Teopa en el barrio tarahumara de Ciudad Juárez, Chihuahua

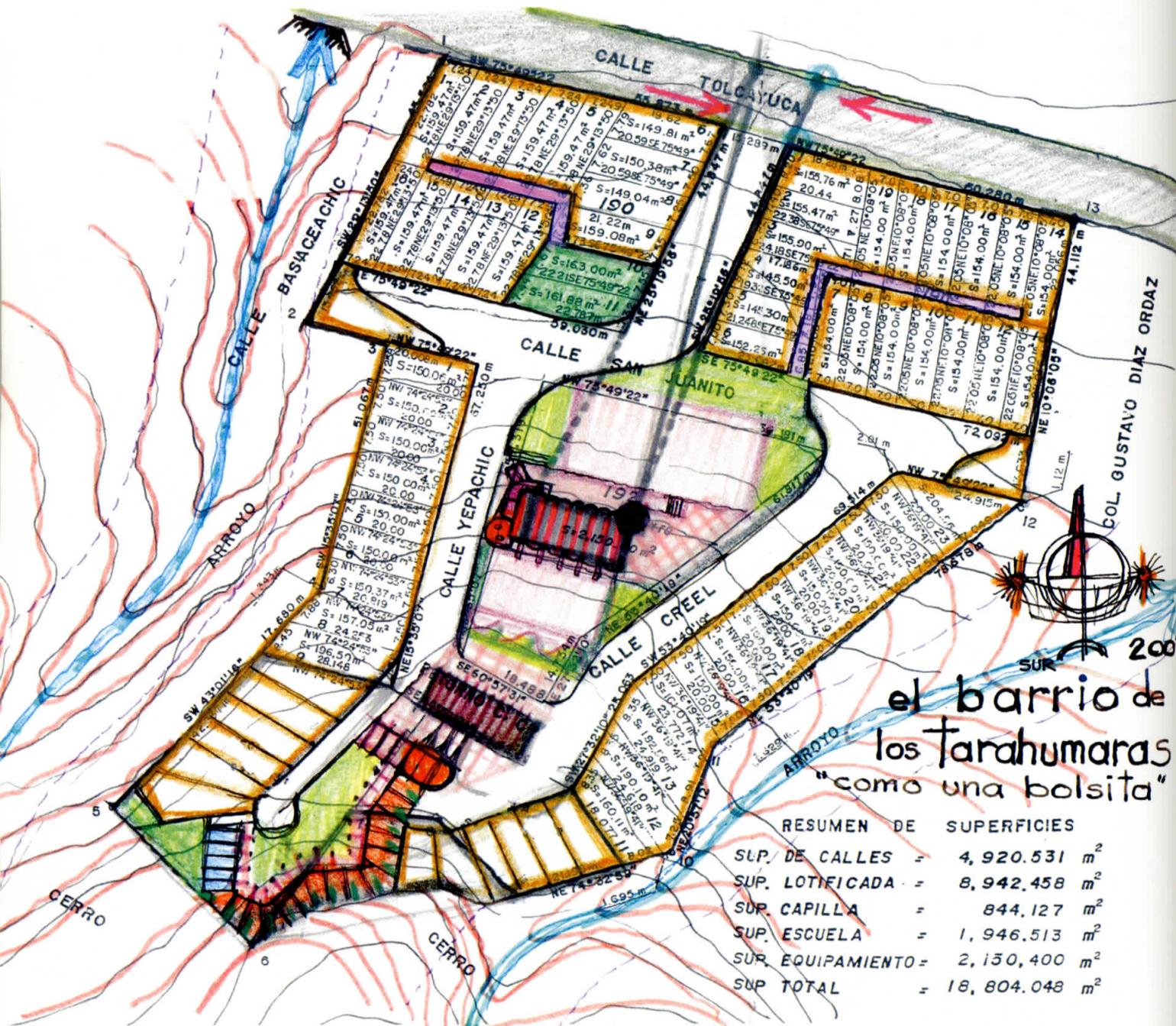
Relato de un trabajo comunitario

Carlos González Lobo

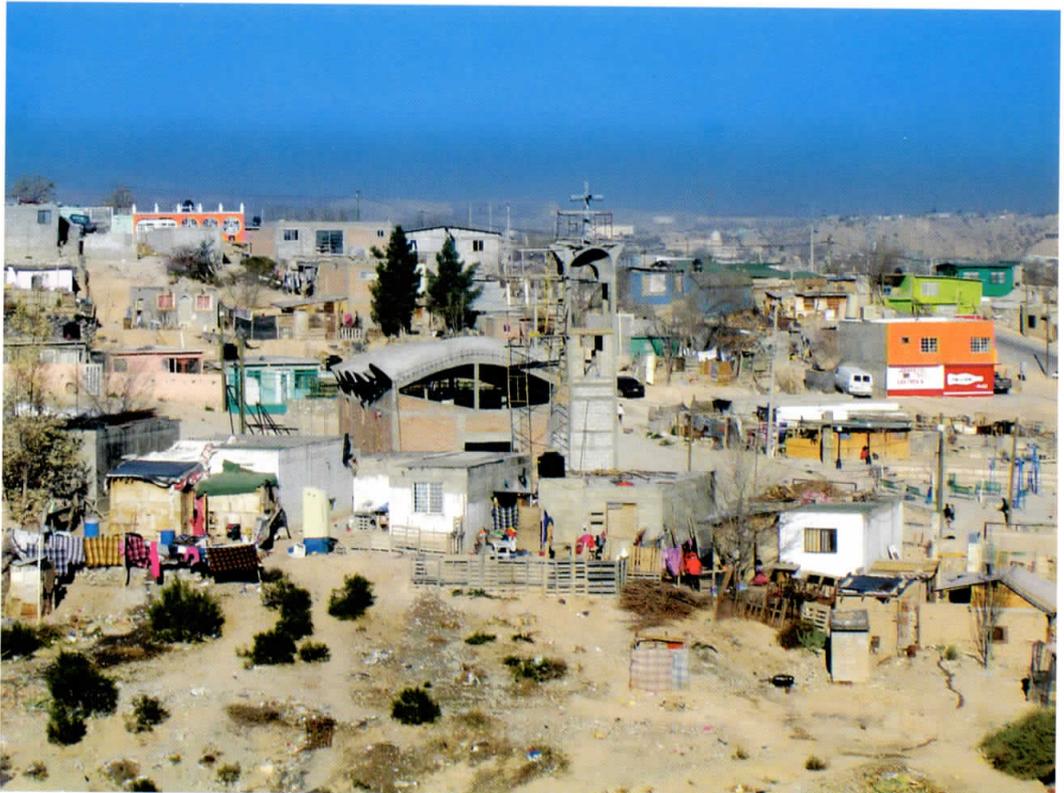
Doctor en arquitectura

Profesor del Centro de Investigaciones y Estudios de Posgrado

Facultad de Arquitectura, UNAM



Carlos González Lobo, croquis en sitio de cómo transformar un fraccionamiento en el barrio tarahumara al poniente de Ciudad Juárez, 2005
 Imágenes del archivo: Carlos González Lobo



Vista general del barrio tarahumara hacia 2005, al centro la iglesia Kobishi Teopa en obra negra
Fotografía: Luis Martínez Chávez

En tiempos de una modernidad formalmente evanescente y de prácticas cosméticas en arquitectura —la formalidad deconstruida o lo que “se lleve esta temporada”—, relatar la construcción de una iglesia “que hizo a un barrio”, y que a su vez fue hecha de pinole, es significativo por lo que de didáctico tenga, en una escuela de arquitectura y en nuestra Universidad. Hablaremos de una construcción de ciudad, realizada morosa y amorosamente por un colectivo: los tarahumaras que han emigrado a Ciudad Juárez, Chihuahua, en los últimos veinte años.

En rigor, una iglesia hecha de ladrillos, adobe o acero al vanadio molibdeno no es algo fuera de lo común, pero de pinole sí que lo es, pues se trata de un alimento seco y dulce, hecho con maíz tostado, molido en metate, que acompaña a los pobladores indígenas y viajeros de las zonas áridas del norte mexicano, ya que disuelto en agua es una bebida refrescante y nutritiva. Pero ¿construir una obra arquitectónica con pinole?... la primera lluvia la disolvería en un lodo lamentable.

En lengua rarámuri, la que hablan los tarahumaras de la sierra madre occidental de Chihuahua, Kobishi Teopa Nana Guarupa significa “La iglesia del pinole de nuestra madre de Guadalupe”, y es la obra que describiremos en este artículo.

Por sí misma es una construcción significativa, pues está en el corazón de una colonia pobre, en las laderas de la sierra de Juárez y en los límites de la inmensa mancha urbana al poniente de Ciudad Juárez. Esta barriada cuenta con unos 750 000 habitantes, donde tienen cabida todos los desarraigos de los emigrantes pobres. Ahí habitan los grupos de tarahumaras que abandonaron la sierra de Chihuahua buscando oportunidades de supervivencia, en la urbe más importante de la frontera norte de la República. Los indígenas se asentaron en un terreno fraccionado ex profeso y de forma irregular —reordenado más adelante por el municipio—, y ahí levantaron su colonia, atractiva para ellos, los rarámuris, pues habitarían en plena ladera y en el borde mismo de la sierra, con una atmósfera y una orografía más vinculadas a sus querencias ancestrales. A la vez se trata de un asentamiento acedo (“anomia”, lo designó Louis Wirth en los años sesenta), como toda ciudad hecha por el mandato de la venta de terrenos por especulación, y diseñada por la incuria moral de los técnicos municipales y su disposición del suelo con la regla “T” por guía.

La necesidad tiene cara de hereje —decía mi abuelita—, y los rarámuris se acomodaron a la parcelación y a las casas que les impusieron; pero, una vez ocupadas las “voltearon al revés”: la fachada “principal” fue el sitio contenedor de enseres, accediendo formalmente a sus casas por un pasillo lateral hasta el patio trasero, y en éste, con adobe visto y pies derechos de pino, hicieron portales y cocinas de humo, abriendo así su vivienda hacia el “patio de verdad”.

Entre todos hicieron estas modificaciones, dirigidos con estructuras del gobierno local, —el Consejo, mayordomos y fiscales— para construir un galpón de *pallets*. El galpón quedó en su *Axis mundi*, centro de su fraccionamiento, área que en el plano de los agentes municipales sería una cancha deportiva, pero que los rarámuris destinarían para su actividad comunitaria

Con la “iglesia del pinole”,
en un barrio marginal
a orillas de una ciudad
fronteriza y profundamente
convulsionada,
González Lobo
construye identidades

TODAS LAS FOTOGRAFÍAS CONTENIDAS EN ESTE MATERIAL FUERON TOMADAS PUBLICADAS POR VOCES INDÍGENAS A.C. CON LA AUTORIZACIÓN Y CONSENTIMIENTO DE LA COMUNIDAD RARÁMURI DE LA COLONIA TARAHUMARA DE CD. JUÁREZ

Historia: Alma R. Galván y Jesús Vargas
 Diseño y Arte: Ana Arcelia González y Ricardo Castillo
 Producción: Voces Indígenas A.C.
 Derechos Reservados:
 Voces Indígenas A.C.
 Cd. Juárez, Chihuahua, Méx.
 Septiembre 2007



Vitral "el ojo de Dios", rosetón de la Kobishi Teopa. Tomado del folleto "Relato de un trabajo comunitario" del padre don Jesús Vargas y la comunidad rarámuri, 2007

principal: "bailar para que no se caiga el cielo", es decir, bailar sus danzas tribales ancestrales, como una institución que preserva su identidad y dota de significado el lugar de habitación común. Así fundaron el eje de un espacio que se sobreponía —ordenándolo— al plano de acomodo urbanístico municipal, poco a poco se adueñaron del sitio para iniciar en lo doméstico y en lo comunitario la construcción de su barrio, como escudo y "detente" para proteger su identidad comunitaria, y vivir a su modo y conveniencia.

Para las fiestas de Guadalupe-Reyes de 2003 (del 12 de diciembre al 6 de enero) el Consejo decidió que era el momento de ocuparse de la iglesia, pues en el pequeño salón comunitario de *pallets* no cabían para bailar y afuera hacía mucho frío. Bailar implica realizar las evoluciones de la danza en sus distensiones extremas, que contemplarán todos los habitantes e invitados.

De manera que la comunidad pobre e inquieta se formuló las preguntas clave de todo programa arquitectónico: ¿cómo iban a hacerlo?, no había dinero, construirla entre todos por tandas y tequio era otra opción, o acudir a alguna universidad para que les hicieran un "dibujito". Por supuesto lo más urgente eran los recursos, así que entre todos decidieron producir, embolsar y vender pinole: era su producto y signo identitario; el cual comerciarían en sus trashumancias por la ciudad, transportándolo en morrales.

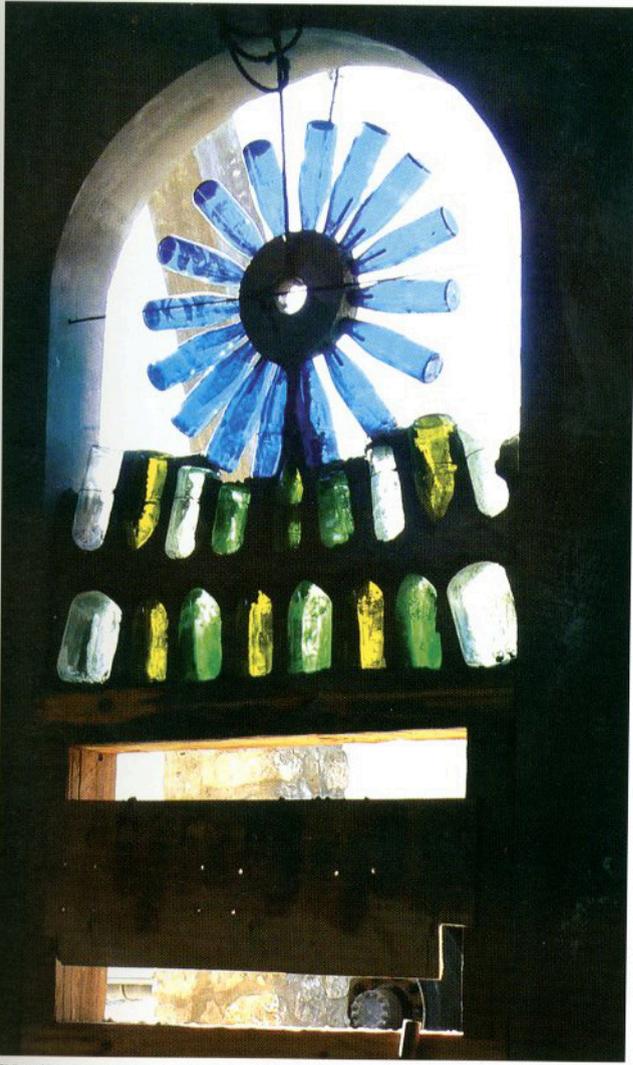
De tal forma, hombres y mujeres dedicaron todas las tardes a cocinar, secar, moler y empaquetar el pinole en saquitos de tela de manta de media libra que las mujeres cosían con hilos de colores e incluso firmaban al cerrarlos. Y todos los días, también, llevaban en su morral su dotación de saquitos, para venderlos y por la noche rendir cuentas. Así, sin desmayar, refrendaron



En la mesa se disponen los "revólveres" con corazón de hormigón



Vista del armado de acero del gran vitral



El "revólver" de botellas es colocado en su sitio

"Como vitrales de iglesia antigua" —nos decían—. El frente se realizó en un ojo de pescado o *Vésica Piscis* al que denominaron el "ojo de Dios", el cual requirió 7 000 botellas

su compromiso como unidad comunitaria, siguiendo las reglas de su propia cultura, que de este modo se reproducía por el ejemplo y la práctica entre los niños, futuros soportes del ser tarahumara.

El proyecto fue otro problema. Recurrieron a profesores y alumnos de la carrera de arquitectura para hacer el plano, y trazar el desplante de cimientos de piedra y nivelación. Ya enrasados los muros, con pilares y encadenados francamente robustos, aparecieron algunos vicios constructivos (sic), puesto que el muro oriente se estaba asentando, y así no se podía techar.

Fue entonces, hacia mediados de 2005, cuando la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ) promovió un congreso internacional de vivienda; participamos algunos arquitectos representando a la UNAM, y casualmente ingresamos en la iglesia de pinole.

El fraile franciscano don Jesús Vargas fue a buscarnos —sabía de nuestras bóvedas de concreto sin usar cimbra CGL-1bis, que habíamos experimentado con alumnos del doctor Héctor Rivero del posgrado de la UACJ— para pedirnos asesoría estructural e intentar "salvar" la obra, nunca demolerla. Conformamos un equipo técnico proyectual con los arquitectos María Eugenia Hurtado, Luis Martínez Chávez y Alba Máñez, que laboraba en el poniente de Juárez. De ahí a la visita de obra, una subexcavación bajo los pilares del lado oriente, zapatas extendidas y la ejecución de contrafuertes esbeltos pero contundentes. Con dibujos trazamos algunas fachadas perspectivadas, a lo que una mujer mayor dijo: "¡Pero si así parece una iglesia de a de veras, como las de Mahuarichic!" Ahí mismo nos pidieron hacer un proyecto constructivo que fuera "fuerte y bonito". Ya no pudimos

deslindarnos, formábamos parte de él. Debimos superar el techo de losas planas y de dos aguas, haciendo una maqueta a escala de una bóveda prearmada de concreto sin cimbra sobre metal desplegado, realizada por gajos forjados en el piso e izados para ligarlos a jácnas formeras precoladas de 12.60 m de claro; éstas se costuraron ya montadas y luego se coló cada plegadura, siempre ajustándonos a los recursos económicos y de mano de obra para garantizar una cubierta de 35 por 12.60 m. Todo esto los divirtió y sedujo: nunca habían construido algo semejante. El resultado para ellos fue exitoso, pues las jácnas, triangulares en su sección, parecen apoyar sólo en un punto, por lo que flotan en el cielo... al que ellos bailan para que no se caiga.

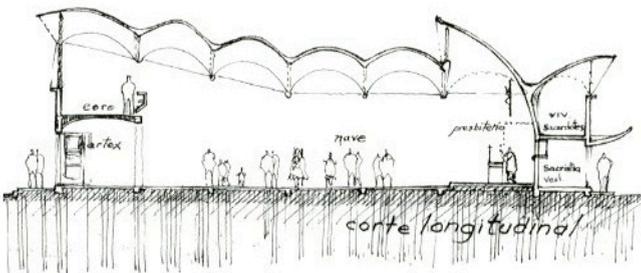
Con las bóvedas que tocaban puntualmente la caja muraria —ya ahuecada por el proyecto anterior—, se nos presentó el problema de las ventanas: cómo hacerlas a base del pinole y su exigua renta. La arquitecta María Eugenia Hurtado aportó por fax su parte en el ejercicio comunitario: ¿Y como cuántas botellas podrían conseguir para hacer las ventanas?, pues las que sean necesarias, las que puedan recogerse de la basura...

Así, las botellas se lavaron, secaron, sellaron y colocándolas con los fondos asentados en mortero y anudándolas por los cuellos con dos hierros estructurales y amarres de alambre recocado; luego se unieron con mortero terciado de cal y cemento, y finalmente se bruñeron con franela; así edificamos un espléndido muro de "vidrio armado" (sic). "Como vitrales de iglesia antigua" —nos decían—. El frente se realizó en un ojo de pescado o *Vésica Piscis* al que denominaron el "ojo de Dios", el cual requirió 7 000 botellas en sus 12.60 de ancho por 5.50 m de alto.



Vista de la iglesia denominada del pinole o Kobishi Teopa
Fotografía: Jaime Bailleres

atn' arq. Luis Martínez Ch



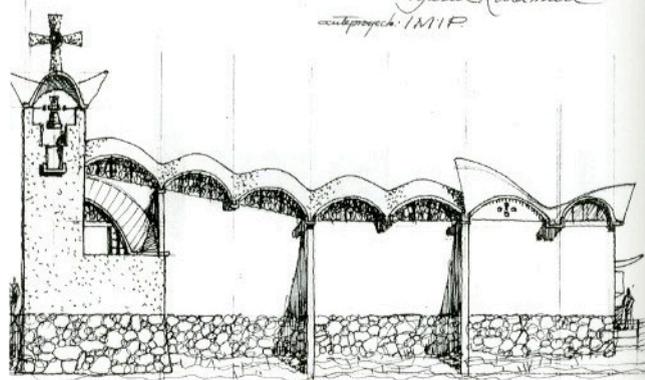
barrio de los Tarahumaras

Iglesia Raramuri

anteproyecto: I.M.I.P.
ED. JUÁREZ CHIH.

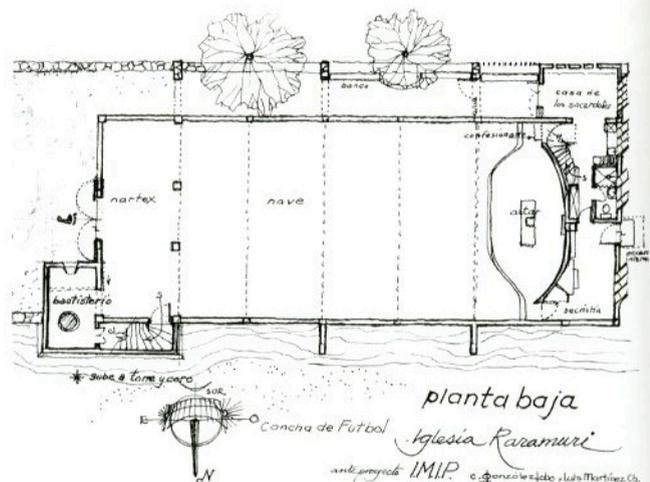
a. arquitecto Luis
Martínez Chaves

Iglesia Raramuri
anteproyecto: I.M.I.P.



fachada norte

Esta obra monumental fue hecha por la fe, las creencias y la tenacidad de sus productores, los rarámuris de la Tarahumara, y a pesar de que no ha sido concluida, ellos ya empezaron la construcción de su barrio para conservar viva su cultura y su identidad serrana e india



planta baja

Iglesia Raramuri

anteproyecto: I.M.I.P. a. arquitecto Luis Martínez Ch.



Interior de la "iglesia del pinole"
Fotografía: Jaime Bailleres

En el centro se colocaron vidrios cálidos rematados en color rojo, de valor seminal sagrado para los rarámuris, quienes nos decían: "¡Pero no hay botellas de vidrio rojo!", por lo cual la arquitecta Hurtado tuvo que deshacerse de algunas piezas de vidrio francés de su vajilla familiar, que enviamos por avión y allá se quedarán para siempre.

Algo notable fue la solución de las ventanas —como ya dijimos—, trazadas en sus cimas por un medio punto, pero ¿cómo resolver su construcción? El maestro Tomás Guadalajara, alarife principal de la obra, ideó con nosotros la solución: disponer radialmente las botellas sobre una mesa; amarrarlas por el cuello con un anillo de alambre, dejando en el centro un vaso de plástico y luego unir las con argamasa hasta fraguar. Para izar la pieza ya consolidada, se rompe el vaso y por el hueco se pasa un palo, así, tornando vertical el plano de las botellas, se le ubicó en el centro del vano y desde abajo se le cercó con botellas asentadas en el marco hasta alcanzar las del rosetón. "Engranándolas como si fueran granos de maíz de una mazorca, pues es la iglesia del pinole" —nos decían—. Cada uno de los grupos tribales (basio-siachi, nogarichi, maguarichi) diseñó sus rosetones semejantes a los de una iglesia gótica, con el mismo patrón pero distinto significante cromático.

Especial cuidado tuvieron en ubicar botellas claras en las tres primeras hiladas, que conforman los tímpanos de las bóvedas, con la intención manifiesta de profundizar el efecto de levitación de la cubierta, de manera tal que éstas parecen no apoyar. En su opinión, la iglesia-salón comunitario tiene finalmente una atmósfera de luz y sombra realmente rarámuri.

Algo más con respecto a la iglesia, aunque fue lo primero en el encargo: "Que la iglesia tenga su torre, y que esté aquí en esta esquina [...] y que mida hasta aquí y muy alta, y coronada

con una flor y una cruz que se vea desde todos lados" —nos decían—, al grado que la altura tuvo que aumentar nueve metros, aspectos que calcularon mediante dos hipótesis de trazo (sic): la posición se obtendría colocándose ellos en el acceso a la colonia desde la parada del "pesero" o microbús, para decidir desde allí el campo de vista y el eje de remate que confirmaba la posición de la vieja sala de *pallets* y *axis* del barrio aún en ciernes.

La altura la decidieron cruzando a los Estados Unidos y con binoculares la definieron para ser vistos desde allá también. El remate se ajustó para su comprensión desde el cielo, con el que dialoga, ofreciéndole al sol una flor con un pistilo cruciforme, por ello una cruz que se vea desde "todos los lados del mundo". Después la pintaron para su consagración con los colores y patrones gráficos de la simbología rarámuri.

Esta obra monumental fue hecha por la fe, las creencias y la tenacidad de sus productores, los rarámuris de la Tarahumara, y a pesar de que no ha sido concluida, ellos ya empezaron la construcción de su barrio en varios bordes para conservar viva su cultura y su identidad serrana e india, aunque sea en la ciudad conocida por la narcocultura y los asesinatos proditorios que parecerían definir la globalización fronteriza y mundial. ■

Nota

- * En la frontera norte se denomina *pallet* al camastro o trineo de tablillas de madera en que se transportan los productos para las fábricas maquiladoras, y que una vez desechado se vende a los pobres a bajo precio para hacer edificaciones provisionales.